

“LA RAMA DE ALMENDRO Y LA OLLA HIRVIENDO” (Jr 1,11-13)

¿CUÁL FUTURO PARA NUESTRA HERENCIA MÍSTICO-PROFÉTICA?

P. Bruno Secondin, O.Carm.

Mística y profecía pertenecen al código genético de nuestra identidad eclesial y de nuestra misión por el Reino de Dios; todos los conferenciantes han repetido esto, y a ellos me uno. El verdadero profeta surge y permanece auténtico a través de una especial experiencia mística de Dios que lo marca y lo envía, lo sostiene y lo consuela en las crisis. Una mística auténtica, como encuentro con el Dios vivo y amante de la vida, sólo puede alimentar –y expresarse en- una acción profética audaz y liberadora.

De la misma manera, nuestras familias religiosas nacieron de una intuición mística que ha nutrido y provocado una respuesta evangélica en una situación histórica, y han sido guiadas siempre por una pasión que actúa por el bien de los hombres y mujeres atribulados y humillados. Esta intuición y esta pasión se han alimentado en el *diálogo*, frente a frente, con el Dios de la vida y de la esperanza, y en la *familiaridad* con los contemporáneos.

PRIMERA PARTE: Vista de conjunto

En la conclusión de la IX Asamblea de los Obispos dedicada a la vida consagrada, los padres sinodales escribieron: “La vida consagrada ha sido, a través de la historia de la Iglesia, una presencia viva de la acción del Espíritu Santo, como espacio privilegiado de amor absoluto a Dios y al prójimo, testimonio del proyecto divino de hacer de toda la humanidad, al interior de la civilización del amor, la gran familia de los hijos de Dios” (*Mensaje final*, 27 de octubre de 1994).

En la exhortación post-sinodal *Vita Consecrata*, Juan Pablo II reconoció: “Los Padres sinodales han destacado el carácter profético de la vida consagrada, como una forma de especial participación en la función profética de Cristo, comunicada por el Espíritu Santo a todo el Pueblo de Dios. Es un profetismo inherente a la vida consagrada en cuanto tal, por el radical seguimiento de Jesús y la consiguiente entrega a la misión que la caracteriza” (VC 84)¹.

1. Verificación fácil, pero prudente

Si analizamos el nacimiento y los renacimientos periódicos de la vida consagrada o tratamos, en el interior de cada una de nuestras familias religiosas, de comprender el proyecto espiritual, eclesial e histórico de los fundadores y fundadoras, siempre encontramos estos dos elementos². ¿De dónde vienen la creatividad, la inventiva, la audacia de iniciativas y diaconías de nuestras familias, la fidelidad hasta el martirio, si no es de la *mística* más inexpresable y de la *profecía* más incandescente?

Hemos hablado de *mística* y de *profecía* no para elevarnos más allá de nuestros reales problemas, o para navegar en los mundos virtuales de los principios esenciales y de los horizontes sin límites, sino al contrario, para volver a encontrar en estas dos dinámicas la justa hermenéutica que hace del carisma heredado un verdadero impulso trans-generacional. Ésta será la premisa y la fuente de una nueva historia que hay que inventar y vivir.

Queremos comprender la manera de continuar en una *secuela Christi* auténtica y por la causa del Reino, confiando en el impulso del Espíritu Santo, que suscita y guía nuestros carismas. Jesús aseguró que el rol del Espíritu Santo consiste en ser hermeneuta de la memoria y guía "hacia la verdad completa" (Cfr. Jn 16,13).

Debemos abrirnos una puerta hacia el futuro, en compañía de esta humanidad; como una vez se abrieron *claros* en la foresta, para fundar en ella una nueva *civitas*. Existen semillas del futuro que todavía pueden germinar; en nuestras viejas raíces, hay una creatividad que nos pertenece y que ha sido encontrada de nuevo y ejercitada con un nuevo arte carismático y profético (VC 37). Hay urgencias y *chances* que nos interpelan y nos desafían dentro de la historia actual y sus angustias. Hay utopías y esperanzas que debemos rescatar y evangelizar, gracias a la sabiduría orientadora y terapéutica de nuestros carismas (VC 103).

Fecundidad y creatividad no pueden ser inventadas por teoremas sociológicos o por el descontento religioso, sino que provienen de los altos planes de los proyectos de Dios, que quiere redimir y fecundar, también, esta fase de nuestra época histórica, transformándola. Dios trabaja en nuestro presente para conducirlo más allá de toda parálisis y fatalismo, hacia una fraternidad universal. Estamos llamados a ser los intérpretes y servidores, habitados por la utopía de Dios.

2. Aprendiendo de la experiencia del profeta Jeremías

Jeremías fue un profeta en tiempos difíciles, cuando se avecinaba una gran catástrofe que afectaría el destino del pueblo. Su lenguaje está lleno de participación, de ardor, de fuerza, de imágenes y símbolos. Su persona misma, su sufrimiento, sus crisis frecuentes son parte viva de su profecía³.

Los dos símbolos de la *rama de almendro* y de la *olla hirviendo*, se encuentran en la apertura de sus oráculos: son la memoria de su vocación (ocurrida alrededor del año 627 a.C.). Esta página fue escrita hacia el año 604 antes de Cristo, o sea entre unos cuarenta y veinte años de la experiencia originaria. Durante veintitrés años esa experiencia permaneció sin ser formulada, pero ciertamente viva y fuente de ánimo. Ahora sale a la luz, frente al gesto sacrílego del rey Yoyakim que con total desprecio había roto en pedazos y quemado el rollo que contenía todas las cosas dichas por el Señor, y que Jeremías había apuntado, con la ayuda de Baruc, el escriba (Jr 36,1-32).

El que escribe no es "un joven lleno de entusiasmo por el encuentro con la Palabra, lleno de ilusiones por la misión que debía desempeñar, sino un hombre decepcionado, que ha experimentado muchos fracasos y sin embargo ha sido fiel a la vocación inicial"⁴. El recuerdo de la gracia inicial –podríamos decir del carisma profético de origen- sirve para darle fuerza, para reconocer que no obstante todo, sólo ha obedecido a Dios. Jeremías se agarra fuertemente a ese momento "originante" para permanecer fiel, para superar el shock de aquella profanación.

No debemos olvidar todo el primer capítulo de Jeremías. La primera parte (vv. 4-10) es la parte fundamental de la vocación constitutiva; hay un diálogo entre Dios que ha hecho su opción y el joven Jeremías que proclama su incompetencia. Es la conciencia de una opción impuesta que proviene de la voluntad de Dios, libre y absoluta: "yo estoy contigo" (vv. 8.19); "pongo mis palabras en tu boca" (v-9). El profeta poseerá sólo la palabra en estado "incandescente", y deberá tomarla con las manos descubiertas. Ella será fuego y terror, pero también poesía e intuición, canto y llanto, más fuertes que todos.

Siguen después cuatro imágenes. Detengámonos en las dos primeras. No son imágenes sugeridas por Dios, sino visiones de Jeremías que lo interpelan y deben ser explicadas. Dios mismo ofrece la explicación.

a. La rama de almendro: no se trata de un árbol, sino de una rama (*maqqēl*) que florece. Una imagen agrícola, una productividad vital que Dios garantiza, y que anuncia la llegada de la nueva estación. El almendro es el primero en florecer cuando llega la primavera. El término *almendro* (*šāqēd*) suena similar al término *vigilante / guardián* (*šōqēd*), y por eso se presta a un juego de palabras que Dios mismo adopta explicando la imagen vista. "Pues así soy yo, atento a mi palabra para cumplirla" (v.12).

Será como el florecimiento precoz del almendro: la Palabra de Dios señala con anticipación la acción de Dios, y el profeta es el anunciador, pues es el centinela. Jeremías anunciará una primavera de desgracia, de condena y destrucción, por la infidelidad del pueblo. Pero no con el gusto de ver que todo va a la ruina, de asistir impotente a la destrucción de la esperanza. Dios "vigila" sobre la "realización" de su Palabra; no se puede tomar a Dios en juego.

El profeta debe ser custodio de esta *vigilancia* de Dios, de esta presencia exigente, de esta purificación que será medicinal y no una venganza. En esta situación Jeremías se hace también profeta de *intercesión*: se pondrá en medio, confesando la propia desilusión y fatiga, pero también la confianza en Dios. En medio de situaciones trágicas, la voz interpelante de Jeremías y sus "confesiones" darán testimonio de que todavía hay esperanza, de que todavía hay rocío fecundo sobre la tierra.

b. La olla hirviendo: representa una escena casera. De una caldera que se derrama sale un líquido hirviendo. Es la "propagación de un desastre" (v. 14) que iniciará de la cuesta del Norte –he aquí el sentido de la olla "inclinada hacia el septentrión"- y que arrastrará todo. No es Dios que hace desastres, y no son tampoco los pueblos los verdaderos devastadores, sino que es el pueblo mismo, guiado por jefes ineptos, el que lleva al desastre, con su idolatría perversa. Perderá para siempre su identidad y su autonomía, porque ha olvidado sus raíces y su alianza con Dios, buscando otros patrones a quienes someterse.

Aunque aparentemente todo es catástrofe, la estación de la esperanza germina junto a la del desastre y germina desde dentro, gracias a la "vigilancia" de Dios, gracias a la resistencia tenaz del profeta. Junto a Dios, el profeta es "vigilante" de la verdad de la Palabra, y también testigo de la dificultad del pueblo para creer en un futuro mejor y para actuar por un futuro mejor. El profeta debe saber discernir las huellas de Dios y de su Palabra fecunda y eficaz en la situación compleja, caótica, global, señalando senderos nuevos. Pero tiene un carácter tímido, con frecuencia cae en depresión, y más que protegido, se siente violentado por Dios mismo (Cfr. Jr 20,7).

3. Aplicando a nuestra herencia

Hemos dicho que esta página ha sido escrita en el contexto de una crisis profunda del profeta Jeremías. Vuelve a pensar en su vocación, la elección ha sido de Dios, sólo de Dios; es consagración y misión, ternura y fuego juntos, ilusión y violencia. Cuando las ilusiones se desvanecen, es fácil aplicar esta prospectiva a nuestra situación.

También nosotros, como Jeremías, podemos multiplicar las "confesiones" desesperadas, cargadas de amargura y de rebeliones impotentes. O podemos –justo como Jeremías resistente- volver a pensar en las raíces de nuestra aventura, la experiencia fundante que dio inicio a todo. No hemos inventado el carisma, no hemos inventado la misión de edificar y de erradicar, de destruir y plantar, de gritar e interceder.

El Señor ha dado y consagrado en el origen - primero en los padres y madres fundadores, y después en cada uno de nosotros- esta identidad, esta misión, esta aventura arriesgada. Nos ha pedido poner todo en juego, su Palabra y su presencia, su fidelidad inquebrantable y nuestra fragilidad, la olla hirviendo de la maldad planetaria y los signos frágiles de su presencia invisible y fiable. Si bien una parte de los Institutos religiosos conocen la dificultad de la supervivencia, o la fragilidad de una primavera aún no estable, no podemos perder la esperanza.

Ciertamente hemos vivido también de ilusiones: hemos imaginado que nuestros templos sagrados, nuestras alianzas estratégicas, nuestros graneros llenos, nuestras estadísticas en progreso eran bendiciones de Dios, premio adquirido y consolador. Y no era así, hoy lo vemos bien. También la sociedad postmoderna ha engullido el patrimonio de los valores heredados y vive danzando, irresponsablemente, al borde del abismo ecológico, financiero, cultural, antropológico⁵. No nos precipitemos juntos en el hoyo negro del catastrofismo; reencontremos las razones de una esperanza teológica que nos pertenece y nos inspira todavía.

Debemos redescubrir la incandescencia de la experiencia fundante: cuando éramos frágiles como una rama de almendro florecida, y también audaces como una olla en ebullición. Sólo así podremos llegar a ser de nuevo interlocutores sabios y reflexivos, audaces y no paralizados, confiados en Dios de manera nueva y mística. Pero también exploradores de senderos apenas vislumbrados y súbitamente interrumpidos, intercesores solidarios y protagonistas críticos. Abramos nuevos senderos de diaconía y confianza en una Iglesia que parece tener miedo de la profecía y que le falta valor para atravesar las noches oscuras de una postmodernidad de las pasiones tristes⁶. Demos nuevo lenguaje y nueva forma a nuestra función simbólica, crítica, transformadora en la iglesia y en la sociedad⁷.

No reduzcamos la identidad a un fetiche, a un santuario milagroso. La crisis actual se asemeja a la olla hirviendo que todo arruina. Empeñémosnos en ser como la rama de almendro que florece y anuncia nuevas estaciones. Debemos habitar los horizontes, amar los horizontes, recorrer nuevos horizontes, y no vivir replegados en nosotros mismos⁸.

SEGUNDA PARTE: Recoger las perlas preciosas

Las conferencias que han ritmado nuestros días hasta el presente, nos han mostrado el calor blanco de la mística unitiva e iluminativa, que nos lleva sobre los senderos altos y misteriosos del Dios vivo – del *Ser*, como nos ha especificado el Rabino Arthur Green -, y nos acerca a Él con empatía y estupor.

También en estos días se ha hablado del fuego devorador de la *profecía*, un fuego que irrumpe y atropella todo, mueve todo, justo como una fuerza inquieta y liberadora de la Palabra. Las conferencias de la Hna. Judette Gallares y de la Hna. Liliane Sweko han sido justamente ese fuego que hace estallar el corazón (Jr 4,19; 20,9). La *apertura* del P. Ciro García ofreció la clarificación serena y sabia de conceptos guía y de posibles aplicaciones.

1. Los senderos de la empatía y un corazón que escucha

Con un argumento típico de la tradición rabínica más genuina –reavivada por la tradición hasídica, revisitada con una experiencia abierta a nuevas “chispas de santidad”– el Rabino Arthur Green nos introdujo en un misterioso “jardín interior”. La propuesta de traducción del célebre tetragrama (YHWH) como “Ser” nos ha acercado al misterio inefable del Único, el Santo, de quien todos somos imagen que hay que reconocer y cuidar con empatía, inclusión y vigilancia.

La mística no es objeto de asalto o de escalada vertiginosa, sino que es, sobre todo, don y encuentro para reconocer y amar, incluso a través de pasajes de lucha y de terror. Es bello el descubrimiento del monoteísmo por parte de Abraham –en la exclamación “¡Ah!”– después de hacer añicos los ídolos de su padre Terá. “La trascendencia reside en el interior de la inmanencia... La trascendencia significa que Dios *está aquí*”. Estamos cerca de la gran mística cristiana, de la tradición sobre la presencia de la inmensidad de Dios. Ésta es la mística.

Con su comentario, intenso y desafiante, en torno al icono de Lidia de Tiatira (Hch 16,11-15), la Hna. Judette Gallares nos expone al riesgo y a la sorpresa de una Palabra, con las resonancias misteriosas y capaces que pueden acompañar el proceso de conversión, según el paradigma propuesto por Lonergan. Y con ello ha dado al tema de la conversión una nueva dinámica exploradora, liberadora y moderna que nos acerca al proceso vertiginoso de la aventura mística, y nos muestra la fuente incandescente de la cual nace la profecía. El proceso de conversión hace descubrir los dinamismos de una verdadera conversión, que conoce momentos de oscuridad, pasajes de despertar, explosiones de entusiasmo que sacuden todo, compartir tranquilo y caluroso de las nuevas convicciones. Pero finalmente termina con el movimiento de integración, transformador y solidario, con el ambiente.

Sabemos que después Pablo tuvo una particular predilección por la comunidad doméstica de Filipo; conservando una memoria llena de premura y dedicación, interesándose en su desarrollo, justo en la carta a esa iglesia, Pablo escribe el himno cristológico (Fil 2,5-11) que es una joya. La sencillez de aquellos inicios y la fragilidad de la situación, es releída por el apóstol a la luz del icono del Hijo de Dios hecho siervo, anonadado hasta la muerte, pero victorioso y soberano del cosmos.

2. Como chispas de profecía

El rol de la Hna. Liliane Sweko, lo compararé con el de una zahorí de chispas perdidas –por citar una leyenda hebrea sobre lo incompleto de la creación. Ella hurgó en las entrañas de nuestra historia presente para encontrar y señalar las chispas de profecía que se propagan entre el rastrojo (Cfr, Sb 3,7) de nuestros miedos, y lo incendian. Ha citado nombres de hombres y mujeres que nos son familiares –de Monseñor Romero a Teresa de Calcuta, de Ety Hillesum a Dorothy Stang, de Madeleine Delbrêl al obispo Munzihirwa, al centenar de hermanas africanas asesinadas – y de estas figuras ha extraído múltiples chispas, siempre únicas y originales, que deben permanecer vivas y capaces de suscitar todavía, entre nosotros, un grupo de “ministros como llamas de fuego” (Hb 1,7).

Su memoria debe permanecer como la *rama florecida* del almendro, o sea como una señal frágil pero eficaz, que ilumina poco a poco las noches epocales. Pueden asemejarse a esa *olla hirviendo* del profeta, como profecía que no se consume, como torrente impetuoso de caridad y generosidad que revela cuánto es capaz de hacer una vida entregada y expuesta al riesgo de seguir a Cristo (Cfr. VC 86).

A las tres grandes categorías proféticas de la denuncia, del anuncio y de la renuncia, la Hna. Liliane ha agregado la función inspiradora de la fraternidad y ha hecho un llamado a una nueva formación permanente que

capacite para discernir y liberarse, con competencia, gracias a una estrategia adecuada. Es decir que se necesita siempre una estrategia inteligente para acompañar la profecía generosa.

3. Una sabiduría orientadora

La densa y precisa conferencia del P. Ciro García que abrió nuestras reflexiones, puede ser retomada ahora para ampliar el trabajo y servirnos como inspiración y crisol. Él ha anticipado las orientaciones aclaratorias que era oportuno seguir, y ha puesto las premisas útiles para recoger y consolidar, juntos, los horizontes que se han abierto. Nos ha advertido que se necesita colocar nuestro discurso sobre la mística y la profecía en el contexto de un despertar evidente, a veces salvaje y confuso, de tipo cultural y religioso, que alimenta un mercado de nostalgia y de evasiones consoladoras, dentro de las cuales puede haber anhelos legítimos.

Con muchas referencias a sectores vitales, el padre Ciro nos ha hecho comprender que nos toca hacernos interlocutores sabios y pacientes de esperanzas y desafíos; sólo la presencia consciente, crítica y transformadora indicará nuevos recorridos. Debemos ser místicos y profetas, con corazones nuevos y apasionados, con ojos penetrantes que intuyan de qué parte surgirá el sol, mientras todos están tristes porque se apaga la luz de la tarde. Nosotros tenemos en la memoria heredada una tasa alta de mística y de profecía; ahora nos toca saber volver a poner en juego esta herencia. ¡Es el tiempo de los herederos!

La escuela de la profecía está en la escucha obediente y asidua de la Palabra; de ahí germinará el encuentro con el corazón de Dios que llama a sí y aprieta en un abrazo de unión transformante, o sea el ardor de una profecía se hace instrumento de consolación y liberación. Debemos abrir pozos nuevos que apaguen la nueva sed de valores límpidos y generosos, debemos abrir nuevos solares para "reparar brechas" (Is 58,12) de casas en ruinas, para rehabilitar juntos, como expertos abiertos a la hospitalidad y a la comunión. Debemos volver a dar esplendor a la lógica de la gratuidad y de la entrega, redescubrir el valor de los recursos pobres y de los pequeños signos: "La «ciudad del hombre» no se promueve sólo con relaciones de derechos y deberes sino, antes y más aún, con relaciones de gratuidad, de misericordia y de comunión" (Benedicto XVI, *Caritas in Veritate*, 6).

TERCERA PARTE: Profetas, poetas, pragmáticos

¿Qué se debe hacer entonces? ¿Cómo permanecer semejantes a la rama de almendro que florece y anuncia una nueva estación, y cómo conservar la incandescencia, la impetuosidad y la creatividad de los orígenes? Busquemos una señal que nos ayude a habitar los horizontes abiertos y que permita y favorezca a nuestros carismas un recorrido y un impacto directo y eficaz, crítico y transformador al mismo tiempo.

Profecía es una palabra líquida, versátil, polisémica. También la palabra mística es evasiva, impalpable, atípica, inexpresable y, hoy también, prestigiosa. Ninguna de las dos nació en estado puro; nacieron revestidas de harapos y significados, según el lugar y la cultura. Y por lo tanto en nuestro uso debemos poner atención para que no sean usadas como inocentes y desnudos instrumentos; se necesita poner atención a los itinerarios semánticos que las han revestido⁹. El P. Ciro los ha tocado, y también el Rabino Arthur nos ha señalado estos filamentos. La Hna. Judette, desde el inicio, nos ha invitado, con una cita de M. Buber, a reconocer que la experiencia religiosa de Dios es verdadera cuando implica un mensaje de transformación, una audacia profética generada al interno del encuentro misterioso con Dios. La Hna. Liliane ha ejemplificado la pluralidad de experiencias originales y significativas, en contextos eclesiales y sociales diferentes.

No debemos hablar de nuestro tema partiendo de muy lejos. No obstante dificultades y pesadillas, "la lámpara de Dios no está aún apagada" (1S 3,3). Quizás bajo ciertos aspectos no queda mucho aceite, quizás hay poco vigor (Cfr. Ap 3,2), en particular en algunos institutos del Hemisferio Norte, que ciertamente conocen reducciones numéricas y debilitamiento de fuerzas. Pero la historia y la memoria tienen todavía un vigor escondido, abrasador, como las brasas bajo las cenizas¹⁰. Y Dios conoce este fuego secreto: "Porque no es injusto Dios para olvidarse de vuestra labor y del amor que habéis mostrado hacia su nombre, con los servicios que habéis prestado y prestáis a los santos" (Hb 6,10). Y hablamos para que "cada uno de vosotros manifieste hasta el fin la misma diligencia para la plena realización de la esperanza, de forma que no os hagáis indolentes, sino más bien imitadores de aquellos que, mediante la fe y la perseverancia, heredan las promesas" (Hb 6,12).

1. A partir del Espíritu de profecía

Todos somos herederos y usuarios activos de una *experiencia fundante* que llamamos *carisma*; cada carisma tiene en su fase original tanto la peculiaridad de la mística como de la profecía. El *carisma de la vida*

consagrada tiene como protagonista generador y guía al Espíritu Santo; él ha hecho posible en nosotros el encuentro vital con la salvación realizada por Jesucristo. Para retomar la analogía con el episodio de Lidia (Hch 16,11-17), el Señor (que en este caso es el Espíritu) nos ha marcado y diseñado a través de una aventura evangélica recibida como un don gratuito de complacencia, y vivida como misión /compromiso que consagra y transfigura los valores y las metas, orientando la vida de manera clara y determinada.

Hablar de profecía, es hablar sobre todo de la especialidad del Espíritu, que "ha hablado por medio de los profetas", como decimos en el *Credo*. Y continúa hablando por medio de los profetas. Y este "hablar" –como las vocaciones proféticas nos enseñan- aconteció al inicio por medio de una experiencia fuerte, mística, irresistible, que no ha dejado ninguna posibilidad a fugas o deshechos. "Me has seducido Yahvéh, y me dejé seducir; me has agarrado y me has podido" (Jr 20,7). Y desde aquél día en el corazón del fundador o fundadora "era como un fuego ardiente"(Jr 20,9) que pulverizaba los huesos y la vida. Y esta experiencia nos ha sido transmitida para conocerla y cuidarla, para vivirla y desarrollarla en sintonía con el Cuerpo de Cristo en perenne crecimiento (*Mutuae Relationes* 11).

El carisma es justo un don de *profecía*, que nace de la conciencia de ser llamados a asumir el don de la salvación, y contribuir a su impacto histórico, como compromiso y desafío, y no como un depósito cerrado. No hay experiencia de unión y fusión con el Dios vivo si no es por medio y gracia del Espíritu que abre la puerta de la fe y del amor. De la misma manera, no hay profecía si no es en el horizonte del Espíritu. Él conoce el "proyecto del Padre" (Rm 8,27) e interviene para que seamos conscientes y responsables. Lo interpreta "llamándonos" a una opción responsable, para que nos comprometamos y nos dejemos conducir hacia su plena *realización*.

El carisma no debe arrastrarse como una carga fatigosa, ni debe ser interpretado con tristeza. Ha sido dado y transmitido con un ardor que ha quemado obstáculos y resistencias; no se puede transmitir de mano en mano, en la rutina de una fe estéril y fingida, en una caridad de apariencia, en un sentido eclesial mezquino y vago. El carisma será fecundo sólo si poseemos "un corazón pensante" (Etty Hillesum) y enamorado, y si volvemos a traer el carisma a la motivación generadora, por la cual nos ha sido dado. Sin *relectura* y sin *refundación* creativa, los carismas se vuelven estériles; su fecundidad se mide con la multiplicación de las interpretaciones innovadoras, y no con una rígida literalidad. Ésta es la experiencia que se encuentra –y genera maravilla y sorpresa- cuando nuestro carisma se comunica a jóvenes de culturas diversas de la occidental; encuentra significados, sabores y potencialidades que a nosotros nos parecían inexistentes; ellos/as se ofrecen a vivirlos y renovarlos como protagonistas. Esta sorpresa la tenemos muchas veces en el diálogo con los jóvenes de África, de América Latina, de Asia; no son sólo jóvenes en edad, sino que tienen un acercamiento nuevo y regenerador de los carismas que habíamos catalogado en esquemas y formas sacralizadas.

2. En Cristo y con Cristo nuestra herencia mística y profética

"Para permanecer fieles a Cristo y al Reino de Dios que viene, la Iglesia, que a menudo se adapta a la mundanidad, necesita comunidades que sigan radicalmente a Jesús y muestren la libertad de Cristo"¹¹. En este cristocentrismo radical tiene sentido y fecundidad tanto la pasión por Dios como la pasión por la historia humana. El Espíritu trabaja en nosotros –con todos los medios que conocemos- para una adhesión plena, en conformidad a los "sentimientos de amor y de compasión" que tuvo Cristo Jesús (Flp 2,1.5). La actividad del Espíritu no tiene otro fin y otro modelo que el de "formar a Cristo en nosotros" (Ga 4,19). "La vida consagrada es memoria viviente del modo de existir y de actuar de Jesús como Verbo encarnado ante el Padre y ante los hermanos" (VC 22).

"*Caminar desde Cristo*" fue la propuesta sintética y eficaz de Juan Pablo II al concluir el gran Jubileo, para contemplar su rostro de Hijo de Dios, el rostro del Sufriente, el rostro del Resucitado. Y también para seguirlo en la vida de santidad y de servicio, de dedicación al Reino y de solidaridad con los pobres y los pequeños¹². Volvernos a centrar en Cristo debe ser un desafío siempre abierto para nosotros, si queremos acercarnos a los umbrales de la mística y de la santidad, y trazar senderos de profecía. "No hay duda de que este primado de la santidad y de la oración no se concibe sino a partir de una escucha renovada de la Palabra de Dios (NMI 39).

Carisma, profecía y mística pasan por esta puerta; el carisma no es sólo una palabra evangélica "abreviada", sino que abraza toda la riqueza de la revelación y, por así decir, al *focalizarla* la dinamiza, orientando totalmente el espectro de la existencia humana y cristiana hacia un "estilo" que hable e incida, como dice el teólogo Christoph Theobald. El tema de la concordancia entre contenido y forma en la cultura actual ha generado otro *modus vivendi*, que es una verdadera mezcla de experiencias fragmentadas, como observa el sociólogo Z. Bauman; proyectos a corto término y episodios yuxtapuestos que no consienten orientaciones *verticales*, (o sea

estables), sino sólo *laterales*, o sea fugas y diversiones (*divertissement*, a la Pascal), movimientos estratégicos para evadirse, y aceleraciones de pánico para no permanecer atrapados¹³.

En nuestra *sequela Christi* debemos introducir de manera coherente y viable las nuevas cristologías; ellas ofrecen numerosos impulsos a nuestro carisma, para regenerarlo y enriquecerlo en la práctica. La cristología que se refleja en la teología de la vida religiosa aparece, a veces, lejana de los progresos actuales, de la relectura "pneumatológica" de la identidad y de la misión de Cristo, de la *contextualización* en la experiencia de las víctimas de la violencia y de la nueva conciencia femenina, del diálogo leal con las grandes tradiciones religiosas de África y de Asia. Vivimos en una época de reflexiones teológicas originales sobre Cristo, y de prácticas innovadoras; podemos compararla con el gran período de los Padres de la Iglesia (siglos IV-V). Una *sequela Christi* en categorías y símbolos africanos, asiáticos, latinoamericanos, sería más eficaz y significativa. En todos estos contextos las experiencias eclesiales y los trabajos de los teólogos han abierto a nuevos modelos y nuevas mistagogías. Con frecuencia se trata de experiencias guiadas y tematizadas por religiosos y religiosas; y con frecuencia, traas ellos, hay una capacidad profética que proviene de una verdadera historia mística, que no le falta la prueba del martirio. Justo este carácter místico-profético-martirial es el que hace que esta vida sea digna de ser acogida e integrada. Lutero exhortaba: "*Non legendo vel studendo, sed patendo immo et moriendo fit theologus*".

No se trata de alguna cosa que debe permanecer relegada a tal continente o a tal contexto cultural; puede y debe ser ofrecida (y asumida también) en otros continentes y contextos. Puede ser introducida en el lenguaje universal, en las grandes síntesis teológicas, en la forma práctica de vivir y de testimoniar, de formar y gobernar, de orar y discernir. ¿Por que debería prevalecer sólo el lenguaje y el esquema mental y cultural de la tradición europea? Pienso que lograríamos entrelazar estas nuevas riquezas, si trabajáramos más en la convivialidad de las diferencias, por medio de un intercambio de dones, volveríamos a encontrar un rol eclesial nuevo y original, constructivo e inspirador. En el fondo, todo es fruto del Espíritu y "¿quién soy yo para poner obstáculos a Dios?" (Hch 11,17).

3. En camino con el pueblo

Hoy somos mucho más conscientes de la dimensión eclesial de nuestra consagración; en el pasado se ponía más énfasis en el esfuerzo religioso individual y aislado. La Iglesia era como una especie de escenario externo, o depósito de cosas útiles y santas. Antes, el pueblo no era, sobre todo, el protagonista del proyecto de Dios, en camino con toda la humanidad hacia horizontes de justicia y libertad, de fraternidad y de redención plena. La teología nos ha ayudado a darnos cuenta, con más lucidez que en el pasado, que no sólo la Iglesia, sino también Jesucristo mismo está al servicio del Reino, y comprometido a darle forma. En sus parábolas él señalaba la exigencia y la urgencia de la venida del Reino, y no *realizaciones* ya fijadas.

Asumir la conciencia de una Iglesia "*relativa*" y que tiende hacia el Reino, con Cristo primicia y servidor del Reino, implica también hacer converger, en este umbral, todos los aspectos tratados anteriormente, comenzando por la función profética, que no es monopolio o exclusividad nuestra, sino que es una cualidad intrínseca de Cristo, comunicada a todo el pueblo de Dios, mediante el Espíritu (cf. Jl 3,1-5 e At 2,17-18). La vida consagrada tiene un modo peculiar de vivir este compromiso común, gracias a la consagración especial y a la profesión según los consejos evangélicos. Se trata de una "tensión global" (VC 16), que no se eleva simplemente en vertical, sino que es la levadura que fermenta, es la memoria inquieta y subversiva que agita el subsuelo de la humanidad, es un recurso típico para habitar entre la gente, que puede poner en crisis cualquier otra expectativa y proyectualidad.

Nuestra vida debe ser creíble y fiable, no sólo por la honestidad con que vivimos en coherencia con los compromisos asumidos públicamente, sino también por la capacidad de ser intérpretes del deseo de salvación y de felicidad, especialmente de quienes han sufrido violencia e injusticias, y también de quienes las han producido. Aquí, es oportuno evocar el corazón del profetismo, el *rib* profético. Se trata de un "procedimiento jurídico" particular, bíblico, de tipo bilateral¹⁴, en el cual el que ha sufrido una injusticia y ha sido víctima de un delito, se dirige directamente al culpable, acusándolo del mal realizado. Pero esta acusación no tiene la intención de castigar o de humillar, sino de que el culpable se enmiende, tome conciencia y experimente que "hacer el mal" "hace daño", y por lo tanto se encamine hacia el bien y se deje conducir a la amistad.

Aplicada a la historia de la salvación, vemos que justo ésta es la actitud de Dios ante nuestras culpas: nos acusa y nos reprocha, para restablecer la alianza y la fidelidad. Al servicio del *rib* divino, el profeta pone en obra diversos lenguajes y estilos de llamado y denuncia, para llegar a la conciencia del pueblo y derribar las barreras y los pretextos defensivos. En nuestra sociedad polémica y atemorizada, fanática y asustada, justiciadora y

vengativa, la profecía de los religiosos podría estar justamente al servicio del *ñb* divino, no como amenazante denuncia, incluso hasta de sí misma, sino como "interpelación", terapia y sanación, *inter-cesión* que despierta la conciencia. Y se ejercita con la no-violencia, con la opción de gestos de misericordia y de gratuidad, de justicia entrelazada con la solidaridad, la compasión, la empatía¹⁵.

Los ejemplos de profecía que han sido mencionados en las conferencias tienen justamente esta característica "empática", y podrían multiplicarse agregando, también, las de tantos místicos y místicas del diálogo y de la hospitalidad, de la no violencia y de la reconciliación, del cuidado de la creación y del rescate de las culturas oprimidas, de las "comunidades insertas".

Ciertamente el Hemisferio Norte no está privado de la existencia de profetas y de místicos, aunque a veces su testimonio pareciera que es el único que existe. La penuria de vocaciones y el envejecimiento preocupante de los miembros está provocando, en algunos lugares, prácticas de supervivencia que dejan perplejos: el implante un poco improvisado de vocaciones pertenecientes a otras cultura y sensibilidad, que no está exento de problemas e incertidumbres. ¿Por qué no creer también en la dimensión profética del *ars carismática moriendi*? No se trata de morir en santa paz, sin molestar, sino de morir esparciendo chispas por todos lados, "sin que desmayen tus manos" (Cfr. So 3,16). Chispas de sabiduría dulce y suave como la que distribuyen todas las personas ancianas; fe transparente que reconoce que sólo Dios es el valor y la esencia de una vida; testimonio humilde hecho de obras y días que sólo por Dios han tomado forma, y en el regazo de Dios se depositan. Agradecimiento por haber sido hechos dignos de amarlo y servirlo junto a tantas personas generosas y desbordantes de caridad.

Sería bello que en lugar de aventurarse en nuevas aperturas pseudo-misioneras con el fin de "importar" vocaciones para sostener las obras y estilos de vida que quizás no son un icono justo del "Reino de Dios", se logrará dar testimonio de una serenidad que cohabita con la neurosis de perpetuarse. Transmitir la sensación de que todavía la vida tiene sentido, que el balance sobre ella no obstruye la fuente de la fidelidad a Dios y el abandono a Él, después de haber vivido y luchado por Él... ¿No sería el mensaje profético y la profesión de fe en Dios, lo único que vale? Lograríamos realmente sentir la verdad de este canto: "*Qué bien sé yo la fuente que mana y corre, aunque es de noche*". Y cantarlo no obstante todo, en una sociedad que tiene el mito de la juventud, de la eficacia, del vigor a cualquier costo, quizás con el viagra y la insistencia terapéuticos. También esto sería mensaje profético y esperanza que abre otros horizontes¹⁶.

4. La mística de lo cotidiano

Parecería que en nuestra época religiosa ya no hay grandes místicos escritores y que faltan también profetas realizadores de grandes empresas. Más bien encontramos místicos y profetas que en lo cotidiano saben intuir y habitar los *intersticios* que hacen posible lanzar la semilla de una reconciliación y de una liberación transformadora. Hombres, y sobre todo mujeres, que logran permanecer aferradas a lo real, opaco y pobre, infundiendo gérmenes de compasión y de solidaridad, de gratuidad y liberación, con una tenacidad que desafía las resistencias más duras, con una paciente confianza que penetra también en los prejuicios más obstinados, con una gratuidad que desarma y desconcierta cada intención mercantil y que busca la eficacia. Aquí encontramos a muchas mujeres consagradas que quieren ser signo y fermento de ese Reino por el cual somos consagrados por la castidad, la pobreza y la obediencia, *pro salute mundi*.

Sin una vida codo a codo con quienes andan errantes, sin meta y sin raíces, o sin esperanza y con el rostro desfigurado por la violencia y la injusticia, la profecía es ideología, la mística es pacotilla. Esta "cotidianeidad" es la rica experiencia de siempre en nuestros institutos, pero hoy se hace más insegura, porque lo cotidiano en muchas situaciones es en verdad peligroso, el pan de cada día está mezclado con violencias y humillaciones, los sueños y los derechos de dignidad y libertad son pisoteados con impunidad escandalosa. Creo que para permanecer ahí, para continuar compartiendo miedos y lágrimas, esperando y luchando; se necesita una fuerza interior que no se vende en el mercado, sino que se obtiene en el silencio de la oración y en el apoyo mutuo.

Son estas comunidades expuestas e inciertas sobre su futuro, y no sólo sobre el presente, las que representan un gran florecimiento del almendro; son signos frágiles y gratuitos, indicaciones de una primavera que muchos imploran, pero pocos saben anticipar. Ramas de almendro que "vigilan" y mantienen encendida la esperanza y la expectativa, que proclaman –a veces en medio de una selva de ollas hirviendo, que desparraman la ruina y la devastación sobre pueblos y naciones– que todavía fluye savia de las raíces, que todavía es posible una novedad en donde todo es destrucción. Algunas comparaciones de las grandes obras del pasado, en confrontación con la modernidad eficiente y el presupuesto sustancioso en otras situaciones e iglesias, parecen recursos ínfimos,

efímeros, que en cada momento podrían desaparecer. Pero su fuerza está justo ahí: en el enraizamiento local que hace que todos, aún los prepotentes, amen y respeten estas comunidades, hospitalarias y confiadas, libres y audaces. Los ejemplos son fáciles de acumular, y todas vosotras podéis darme algunos.

Suavidad y fuerza, fragilidad y resistencia, sueño y realismo, se mezclan y se alimentan recíprocamente. Y son estas realidades las que dan la verdadera fuerza a nuestros institutos, la savia secreta que hace florecer el carisma y no se deja arrastrar por ídolos falsos. Son los lugares en donde habrá tierra rasa para cultivar el diálogo auténtico y confiado en Dios, y tejer vínculos con los últimos y los flagelados, portando juntos, y a la vez, las tinieblas del Calvario y la certeza de la resurrección. Su vida no tiene resguardos o pretensiones respecto a la vida de los demás, sólo comunión y compartir, sobriedad serena y horizontalidad inmediata. Quizás por la concepción "sacra" de la vida religiosa y la actitud distante de nuestro estilo de vida esto no se da; nos interesa más la forma que la sustancia de los valores, la diferencia más que la semejanza, la desconfianza más que la convivialidad. Creo que Dios hace otros cálculos, como el Evangelio nos lo muestra (Cfr. Mc 12,41-44).

Conclusión abierta

Necesitamos de los demás para tomar distancia de nuestras prisiones y de nuestros estereotipos culturales para reconocer nuestras heridas y también para poner en juego nuestros recursos. Las mil nuevas formas de inserción en los contextos más diversos nos han ayudado a descubrir nuevos rostros, y también a ampliar el carisma a nuevos horizontes. No se puede mantener esta novedad si no se busca siempre el rostro del Señor, en un diálogo frente a frente. Pero cada mística se vuelve evasión peligrosa si no se abre a la profecía, a la solidaridad y a la gratuidad.

Termino con una última provocación. Nuestra capacidad profética ¿no sufre, a veces, de un déficit, cuando se trata de dar una respuesta profética a situaciones difíciles? ¿Cómo es posible que no logremos ser testigos convincentes de una fidelidad mística, de una existencia transfigurada o afectivamente sana y empática?

En los últimos meses, el escándalo de la pedofilia de los sacerdotes ha perturbado a la Iglesia y a su testimonio; la reacción eclesial se ha basado en referencias a leyes y lamentaciones públicas. Nuestra consagración a través de la virginidad y de la castidad deberían ayudar a mostrar la raíz mística de una fidelidad gozosa y límpida, ayudar a acoger a las víctimas de una manera más empática y sanadora. Los sufrimientos y los malestares causados por la Visita Apostólica a la vida religiosa femenina en Estados Unidos, o en otras situaciones difíciles y complejas, no deberían privarnos de la *parresía* profética, en nombre de una experiencia madura, de una fe que libera energía y diaconía nuevas. Es más fácil hacer escuchar nuestra voz profética en los desastres naturales que en las problemáticas eclesiales y civiles. Haití y Chile, Darfur y la Región de los Grandes Lagos, Israel y Paquistán, y tantos otros lugares, han sido areópagos de inventiva y solidaridad, que hemos ejercido con plena autonomía y creatividad.

Estas crisis diversas son un *Kairòs* de purificación, pero pueden también ser ocasiones para expresar la creatividad y el ingenio femeninos. Falta, a veces, una lectura empática, compasiva, sostenida por la *parresía* de palabras y obras, que es fruto de una transfiguración que acontece por gracia. La mujer consagrada tiene esta gracia especial que debe cultivar en la intimidad, pero también ofrecer proféticamente, a ritmo de mujer, justo en los momentos menos límpidos y en las tragedias humanas más graves.

Y si la mujer, y en particular la consagrada, sabe participar como protagonista no sólo en la catarsis colectiva causada por los errores y los escándalos, sino también en los desafíos de una nueva lógica del servicio y de la gratuidad, podremos volver a cantar el Cantar de los Cantares con un corazón pensante y también con ojos límpidos y a ritmo de danza. Porque amor y ternura, sueño y expectativa, llanto y canto, mística y profecía, deben entrelazarse, para una nueva Iglesia y a beneficio de toda la humanidad.

-
- ¹ Sobre el profetismo en el Sínodo y en la exhortación post-sinodal remitimos a: *Per una fedeltà creativa. La vita consacrata dopo el Sinodo*, Paoline, Milano 2005, 349-373 y *Il profumo di Betania. La vita consacrata come mistica, profezia y terapia*, Dehoniane, Bologna 2007, 94-106.
- ² Una documentación útil en el libro de: J. M. ALDAY (ed.), *I religiosi sono ancora profeti?*, Ancora, Milano 2008.
- ³ Para una interpretación exegética, pero abierta a significados sugestivos: L. ALONSO SCHÖKEL-J.L. SICRE DIAZ, *I profeti*, Edición italiana a cargo de G. Ravasi, Borla, Roma 1996, 451-746. Una propuesta de *lectio divina*: C.M. MARTINI, *Una voce profetica nella città. Meditazioni sul profeta Geremia*, Centro Ambrosiano- Edizioni Piemme, Casale Monferrato 1993.
- ⁴ C.M. MARTINI, *Una voce profetica*, 81.
- ⁵ Cf. H. JONAS, *Sull'orlo dell'abisso. Conversazioni sul rapporto tra uomo e natura*, Einaudi, Torino 2000.
- ⁶ Cf. el título del libro: M. BENASAYAG-G. SCHMIT, *L'epoca delle passioni tristi*, Feltrinelli, Milano 2005.
- ⁷ Una panorámica de la situación actual: AA.VV. , *Dio oggi. Con lui o senza di lui cambia tutto*, Cantagalli, Siena 2010.
- ⁸ Una prospectiva general, pero que nos interesa: J.J. TAMAYO-ACOSTA, *Nuevo paradigma teológico*, Trotta, Madrid 2003.
- ⁹ A la amplia literatura e indicaciones que da C. García, agrego: R. ZAS FRIZ DE COL, *Teologia della vita cristiana. Contemplazione, vissuto teologale e trasformazione interiore*, San Paolo, Cinisello Balsamo 2010; AA.VV., *The esperienze of God today and Carmelite Mysticism. Mystagogy and Inter-Religious and Cultural Dialog*. Acts of the International Seminar, Zidine, sept. 2007, KIZ, Zagreb 2009. Y señalo también una relectura de la herencia en estas dos claves. B. SECONDIN (ed.), *Profeti di fraternità. Per una visione rinnovata della spiritualità carmelitana*, Dehoniane, Bologna 1985.
- ¹⁰ Varias veces se ha citado el bello libro de J.D. CHITTISTER, *Il fuoco sotto la cenere. Spiritualità della vita religiosa qui e adesso*, San Paolo, Cinisello Balsamo 1998.
- ¹¹ J. MOLTMANN, *La Chiesa nella forza dello Spirito*, Brescia 1975, 420.
- ¹² Me refiero a la nota de la encíclica *Novo Millennio Ineunte*, de Juan Pablo II, 2001. Pero téngase también presente la Instrucción de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica *Caminar desde Cristo. Un renovado compromiso de la vida consagrada en el tercer milenio*, Librería Editora Vaticana 2002.
- ¹³ Cf. Z. BAUMANN, *Modernità liquida*, Laterza, Roma-Bari 2006; ID., *La società dell'incertezza*, Il Mulino, Bologna 1999.
- ¹⁴ Cf. P. BOVATI, *Ristabilire la giustizia. Procedure, vocabolario, orientamenti*, Analecta Biblica 110, PIB, Roma 1986, 21-148. Ver también B. COSTACURTA, "Ti farò profeta tra le genti" (*Ger 1,5*). *I profeti nella Bibbia*, en J.M. ALDAY, *I religiosi sono ancora profeti?*, 28-32; la clave del pathos y del ethos se desarrollan en el libro de A. HESCHEL, *Il messaggio dei profeti*, Borla, Roma 1981.
- ¹⁵ Ofrece explicaciones concretas. J. RIFKIN, *La civiltà dell'empatia*, Mondadori, Milano 2010. Ver también: L. HUNT, *La forza dell'empatia. Una storia dei diritti dell'uomo*, Laterza, Roma-Bari 2010.
- ¹⁶ He buscado ampliar el discurso en B. SECONDIN, *Abitare gli orizzonti. Simboli, modelli e sfide della vita consacrata*, Paoline, Milano 2002.